

NOSTALGIA DEL CUERPO

EL SILENCIO DEL CUERPO

GUIDO CERONETTI

TRADUCCIÓN DE J. A. GONZÁLEZ SAINZ
ACANTILADO. BARCELONA, 2006
256 PÁGINAS, 16 EUROS

JUAN MALPARTIDA

Sin duda el cuerpo es algo demasiado importante para que lo dejemos en manos de los médicos, algo a lo que cada vez estamos más abocados debido a nuestro miedo y desconocimiento del mismo. También, a las ofertas de inmortalidad: buscamos en las medicinas un remedio a la muerte, una respuesta silenciadora del lenguaje atávico del cuerpo. ¿Pero qué dice el cuerpo? Si utilizamos una perspectiva descendente, lo que el cuerpo nos dice es que se va a morir (la exégesis del alma), que vamos a sufrir, antes, dolor. Si la visión es ascendente, la proliferación de metáforas corporales lo toman casi ilegible: imágenes de un deseo que quizás, en última instancia, sólo diga sí al placer y a la continuidad. Sin duda estamos hablando de la relación cuerpo/alma y cuerpo/abstracción. No sabemos qué es el alma, pero sí que un cuerpo la contiene, esa masa de células y espesura de átomos. En cuanto a la

DESFONDADO EN UN TIEMPO A
LA DERIVA, NUESTRO ESCRITOR
BUSCA ENTRE LOS FRAGMENTOS
DE LA CIVILIZACIÓN AQUELLO
QUE MEJOR NOS CONSUELE:
LO SAGRADO

relación conflictiva, en lucha con el determinismo físico, la obra del poeta Henri Michaux fue un testimonio lúcido y dramático. Sobre este tema reflexionó Norman O. Brown en dos libros complementarios y distintos: *Eros y Tánatos* (1959) y *El cuerpo del amor* (1966). En español, puede releerse con aprovechamiento el sugerente ensayo de Octavio Paz *Conjunciones y disyunciones* (1969).

LA VERDAD CURA. Autor de formación médica, filosófica, literaria, Guido Ceronetti (Turín, 1927) es autor de un gran número de obras, de la poesía al ensayo, entre las que cabe citar *Viaggio in Italia* (1983) y *Los pensamientos del Té* (1994). En *El silencio del cuerpo*, cuya edición original apareció en 1978, hace un rastreo erudito, aunque no metódico, por los signos de nuestra corporalidad silenciada, por el cuerpo maltratado por la modernidad. Que Ceronetti es pesimista respecto a lo que hacemos con el cuerpo (social, estatal e individualmente) parece claro, pero tengo que señalar que al menos a mí me ha resultado obscuro lo que nuestro

autor quiere decir. Aunque por otro lado creo que su recorrido, fragmentario (Ceronetti ama el fragmento en todo, como signo acentuado de la corporalidad), azaroso y, a veces, creativamente caprichoso, suscita un interés y conocimiento reales. Es evidente que Ceronetti no cree en la mecanización de la figura médica, ni en la desactividad con la que dicha disciplina –obligada por la masificación– se relaciona con el dolor del paciente. A Ceronetti le hubiera gustado ser un médico de mediados del siglo XIX, cuando se descubrió la aspirina y aún era una profesión que atendía a la familia desde el parto al deceso; y por otro lado, también sueña con ser un consolador antroposófico (la verdad cura, ayuda).

CAPACIDAD PROVOCADORA. Ceronetti nos devuelve aquello que nos empeñamos –de la hiper higiene al disfraz– en no querer ver: el dolor, la vejez, la muerte. Su rastreo por los humores, digestiones, heces, oscuridades, viscosidades, úlceras, bacterias y contaminaciones está llevado a cabo con una gran fuerza, relampagueante, que no quiere disminuir su capacidad sugerente y provocadora insertándola en ideas generales, aunque a veces hubiera sido necesario que Ceronetti fuera más explícito en cuanto a sus ideas. Vivimos –deduzco por mi cuenta– en una cultura exhibicionista pero que tiene un inmenso miedo al cuerpo, cuyos olores y lenguaje ha silenciado o traicionado. La idea de progreso indefinido y rápido introduce una nueva angustia: lo que el presente es incapaz de lograr porque es en el futuro inmediato donde promete cumplirse (la cura, la longevidad, la desaparición del dolor). No soportamos la animalidad del cuerpo porque no podemos tolerar una noción intensa del alma.

Parece proponernos una vacuna metafísica frente a las vacunas parciales, físicas, que suponen otro orden de desequilibrios. Diga lo que diga Ceronetti (no es fácil saberlo), olvida la imaginación ascendente, en la que el cuerpo no ha dejado de hablar de manera creativa. En los símbolos e imágenes hay cuerpo. El verbo se hace carne. No sé por qué Ceronetti se me aparece como un creyente (católico) que al apostar por la ascesis y lo puro no dejara de atiborrarse de mundo e inundo. Desfondado en un tiempo a la deriva, cuya figura es el Descuartizador, nuestro escritor busca entre los fragmentos de la civilización aquello que mejor nos consuele (lo sagrado) frente a la ferocidad de las ciencias físicas y su comercio tecnológico. Pero es apocalíptico y no prevé, ante los inquietantes síntomas, sino una catástrofe proporcional al desvarío. Sospecho que Ceronetti, a mediados del XIX, no sería muy distinto al de hoy, aunque tendría otros demonios a los que someter en nombre de Lo Mismo. ■



RASTREO ERUDITO POR LOS SIGNOS DE LA CORPORALIDAD SILENCIADA